Lección 1
2 de Enero de 2010

"Por sus frutos..."

Prof. Sikberto Renaldo Marks

Versículo para Memorizar: *"Así que, por sus frutos los conoceréis"* (Mateo 7:20).

Introducción

En la vida de los seres humanos siempre se producen frutos. No existe ser humano que no produzca frutos, al menos alguno. El hecho no es que produzcamos o no frutos, sino *qué fruto* es el que se origina en nosotros. Esa es la cuestión, el fruto que producimos puede ser de dos clases: o es espiritual o es satánico; es bueno o es malo. Y no existe la posibilidad de que se produzca un fruto neutro, que no esté vinculado o a Dios o a Satanás. Espiritualmente hablando, cuando se dice que "no hubo frutos" es porque no se ha producido buen fruto, sólo malos, o malos resultados como lo pueden ser espinos, abrojos y cosas similares.

Por esta razón es que el versículo central dice que somos conocidos por los frutos. Es decir, nuestra naturaleza puede diagnosticarse a través del fruto que producimos. Es fácil saber con quién estamos, si con Dios o con Satanás, por medio de nuestro fruto, y es una cuestión de vida o muerte eterna reconocer, a través del fruto, cuál es su fuente.

No obstante, hay una precaución que debemos tomar. Eso de hacer un diagnóstico a través del fruto es algo delicado. Tenemos dos vías para el diagnóstico: una somos nosotros mismos; la otra son las demás personas, nuestros semejantes.

Es más importante que hagamos el diagnóstico por el fruto en nosotros, al menos lo debemos hacer antes de pensar hacerlo en otras personas. Lo que más nos debe interesar es salvarnos, para así influir para la salvación de otros. En primer lugar, debemos velar por nuestra propia salvación, para que así nuestro testimonio sea más eficaz para la salvación de nuestros semejantes. Debemos prestar una intensa atención, diariamente, para ver si en nosotros no se evidencian frutos del otro amo, aquél por el cual perdemos la vida eterna.

También podemos, y hasta debemos, prestar atención a los frutos producidos por otros. Hay dos motivos para actuar así: 1) facilitarle a nuestro semejante el diagnóstico de sus frutos, especialmente los originados en Satanás, para así ayudarle a superarlos. Si no

hacemos esto, seremos responsables por su vida si eventualmente se pierde. 2) para protegernos de personas peligrosas para nuestra vida eterna, enemigos que muchas veces participan de la misma fe que nosotros profesamos. Un ejemplo de esta clase de persona fue Judas. El fue un enemigo ubicado en la propia trinchera de Jesús. Otros ejemplos fueron los miembros del Sanedrín, que siendo del pueblo de Dios, exceptuando a Nicodemo y a José de Arimatea, tramaron para quitarle la vida a Jesús. Estos eran enemigos de Cristo en el propio pueblo de Dios. Maquinaron para soltar a Barrabás en lugar de Jesús. Hoy existen tales personas, y no son pocas, enemigos dentro del pueblo de Dios, y esto ha sido profetizado, por lo que debemos estar muy atentos y vigilantes. A través de los frutos debemos diagnosticar a qué poder pertenecen.

Este tema de los frutos es bastante amplio, que permite muchas y diferentes aplicaciones. Hay una posibilidad que seguramente es la más común: personas que producen, aparentemente, dos clases de frutos. Nos referimos a la producción habitual de dos clases de frutos, pues todos aquellos que son celosos en su fe, accidentalmente, y en contra de su voluntad, por causa de la flaqueza de la naturaleza pecaminosa del ser humano, eventualmente producen algún fruto que no está originado en Dios. Hay personas que aún diciendo ser seguidoras de Cristo, regularmente producen malos frutos. Estas personas son espiritualmente peligrosas, pues hacen –digamos– una ensalada de frutas mortal. Conscientemente o no, producen habitualmente frutos parecidos a los del Espíritu, pero que son frutos de Satanás. Son como plantas injertadas: algunas de sus ramas producen frutos para muerte, otros –aparentemente– para vida. Espiritualmente hablando, fue un árbol bueno, pero se volvió malo, y lo terminará siendo definitivamente si no es podado de sus ramas malas. En verdad, estas personas no están ligadas a Jesús, sino a Satanás, aunque formen parte de la congregación de Cristo.

Consideremos un ejemplo. Supongamos que hay un hermano en nuestro medio, según nuestra manera de ver, con una excelente disposición y espíritu misionero, que hace mucho en la iglesia, pero que –a su vez– es un mal ejemplo en la administración de sus cuentas y deudas. Por un lado, contribuye a la salvación de las almas; por otro perjudica a la iglesia pues a través de su ejemplo negativo (especialmente porque es una persona que se destaca en la iglesia) lleva a muchos a la perdición. A través de su ejemplo contradictorio e incoherente, se genera confusión en los nuevos miembros y en los que son espiritualmente más débiles. Esta situación es más frecuente de lo que imaginamos. Por esto es que debemos hacer un diagnóstico en nosotros, y también en nuestros semejantes, a fin de ayudarnos mutualmente para hacer lo correcto, producir los frutos que el Espíritu Santo quiere producir en nosotros. Tal vez debamos podar algunas ramas que Satanás ha injertado en nosotros, y eso significa una transformación de vida a través del Espíritu.

Si prestamos atención a Lucas 6:43, 44, veremos que un árbol bueno no da frutos malos, ni un árbol malo da buenos frutos. Pero es más común que encontremos árboles que están fuera de su estado original. Satanás tiene el poder de, para decirlo de algún modo, hacer adulteraciones genéticas en nosotros. Dios, que es Creador, tiene el poder para recrear en la persona el estado que tendría si ella nunca hubiese pecado.

Como pecadores, todavía estamos presos en un cuerpo que desea cosas pecaminosas (Romanos 7:14-25). Pero si somos cristianos en proceso de transformación, tenemos al Espíritu Santo produciendo en nosotros el buen fruto, y el poder del mismo Espíritu disponible para vencer las acciones de nuestra naturaleza de pecado (2 Corintios 5:17; Fili-

penses 4:13). En este caso no seremos nosotros los que produzcamos fruto, sino el Espíritu *en* nosotros, y eso garantiza la clase de fruto que cada uno produzca.

¿Por qué debemos diagnosticar qué frutos son los que producimos? Porque en 2 Corintios 5:17 se nos dice que debemos estar en Cristo para ser nuevas criaturas, dejando las cosas viejas atrás. Las cosas antiguas son los frutos de la vieja naturaleza, o aquellas originadas en los injertos de Satanás. Es muy importante que tomemos los recaudos a tiempo pues el tiempo que tenemos para reformar nuestra vida ya es muy corto. Muy pronto se desencadenará el último temporal en nuestro planeta abatido por el pecado, y quien se haya preparado vencerá. Pero el que no se haya alistado, ciertamente ya no tendrá modo de prepararse y saldrá de la congregación (zarandeo).

"Cada árbol se conoce por su fruto"

Volvamos al análisis iniciado en el apartado anterior. Utilicemos como base el pasaje de 2 Timoteo 3:5. Hay quienes tienen apariencia de piedad, pero le niegan su eficacia. ¿Quiénes son estos? "Hoy muchísimos de los que componen nuestras congregaciones están muertos en delitos y pecados. Van y vienen como la puerta sobre sus goznes. Durante años han escuchado complacientemente las verdades más solemnes y conmovedoras del alma, pero no las han puesto en práctica. Por lo tanto, son menos y menos sensibles a la preciosidad de la verdad. […] Aunque profesan tener piedad, niegan el poder de ella. Si continúan en este estado, Dios los rechazará. Se están incapacitando para ser miembros de su familia". [1] Estas personas producen, cada vez más, las obras de la carne. "Manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleito, celos, explosiones de ira, contiendas, divisiones, sectarismos, envidias, homicidios, borracheras, orgías y cosas semejantes. Os advierto, como ya os previne, los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios" (Gálatas 5:19-21).

¿Y cuáles son los frutos del Espíritu? Gálatas 5:22, 23 nos dice: "Pero el fruto del Espíritu es: amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio propio…" y otros frutos de naturaleza superior, la celestial. Nuestra carne pecaminosa produce cierta clase de fruto (Gálatas 5:19-21), y el Espíritu Santo produce otros tipos de fruto (Gálatas 5:22, 23). "La voluntad del hombre es agresiva, y constantemente se esfuerza por someter todas las cosas a sus designios. Si se alista del lado de Dios y del bien, los frutos del Espíritu aparecerán en la vida; y Dios ha señalado gloria, honra y paz a cada persona que obra el bien". [2] "La santificación espuria, con su jactancioso espíritu de justicia propia, es extraña a la religión de la Biblia. La mansedumbre y la sumisión son frutos del Espíritu. El profeta Daniel fue un ejemplo de auténtica santificación. Su vida fructífera se caracterizó por un incondicional servicio al Maestro. Fue una persona muy amada por el cielo (véase Daniel 10:11), y se le concedió una honra tal que raramente ha sido otorgada a los mortales. Además, la pureza de su carácter y su fidelidad a toda prueba era igualada únicamente por la sumisión y contrición que lo caracterizaban". [3]

---

1 Elena G. de White, *Joyas de los testimonios*, tomo 3, p. 60.

2 Elena G. de White, *Nuestra elevada vocación*, p. 155; citado en *Mente, carácter y personalidad*, tomo 2, p. 713

3 Elena G. de White, *Recibiréis poder*, p. 99.

“Nuestra vida debe proceder de la cepa. Únicamente como resultado de una unión personal con Cristo, de una comunión con él día tras día y hora tras hora, podemos llevar los frutos del Espíritu Santo”. [4] Si nos relacionamos diariamente con Cristo por medio de una entrega en oración, produciremos los frutos de una nueva naturaleza, los frutos que no agradan al mundo. “Solamente un día es nuestro, y en él hemos de vivir para Dios. Por ese solo día, mediante el servicio consagrado, hemos, de confiar en la mano de Cristo todos nuestros planes y propósitos, depositando en él todas las cuitas, porque él cuida de nosotros. ‘Yo sé los pensamientos que tengo acerca de vosotros, dice Jehová, pensamientos de paz, y no de mal, para daros el fin que esperáis’ (Jeremías 29:11). ‘En descanso y en reposo seréis salvos; en quietud y en confianza será vuestra fortaleza’ (Isaías 30:15)”.
“Si buscamos a Dios y nos convertimos cada día; si voluntariamente escogemos ser libres y felices en Dios; si con alegría en el corazón respondemos a su llamamiento y llevamos el yugo de Cristo que es yugo de obediencia y de servicio, todas nuestras murmuraciones serán acalladas, todas las dificultades se alejarán, y quedarán resueltos todos los problemas complejos que ahora nos acongojan”. [5]

Únicamente produciremos frutos del Espíritu si éste transforma nuestra vida. En caso contrario, los frutos serán los de la vieja naturaleza, los que llevan a la perdición, porque son actos pecaminosos.

“Sin mí nada podéis hacer” (Juan 15:5)

Sin estar ligados a Jesús seremos incapaces de producir los frutos del Espíritu, y reproduciremos otros frutos, los que son de Satanás. Si estamos unidos al tronco de la vid, que aquí representa a Jesús, seremos una rama de la vid y no de alguna otra planta. Y en este caso produciremos uvas. Pero, ¿hay otras posibilidades? Si las hay, ¿cuáles son?

Antes de ser ramas de la vid, fuimos alguna otra clase de planta. No estábamos unidos a la vid, ni producíamos uvas. Éramos plantas que producíamos frutos malos, para muerte. Entonces Jesús nos encontró produciendo frutos de muerte. Y surgió una corriente de atracción y simpatía entre nosotros y Él. Entonces, ¿qué hizo Él, o sea, qué hizo el Espíritu Santo? Nos transformó. ¿Y cómo lo hizo? Siguiendo con la ilustración, Él nos arranca con raíz y todo, corta las raíces que representan el interés por las cosas de este mundo y que toman del suelo de pecado sólo savia mala. Al resto de la planta la transforma en un sarmiento de la vid. La transformación significa un cambio en la genética espiritual, de una naturaleza pecadora a otra naturaleza santificada. Y hace más aún, injerta en esa rama transformada a sí mismo, por el amor que nos tiene. Así somos una rama de Jesús, produciendo, ya no el antiguo fruto, sino uvas nobles para el jugo de la vida.

Somos entonces ramas de Cristo. Vivimos de Él. Sin Él, nos separaríamos y volveríamos a ser lo que éramos, alguna clase de planta que, sin muchas esperanzas, morirá. Pero en el transcurso de ir a la muerte, desligada de Jesús, producirá frutos de naturaleza mala.

---

[4] Elena G. de White, *Testimonies for the Church*, tomo 5, pp. 47, 48; citado en *La maravillosa gracia*, p. 211.
[5] Elena G. de White, *El discurso maestro de Jesucristo*, p. 86.

Jesús dijo que sin Él no podríamos hacer nada. Es imposible producir buenas obras sin Él. Sucede que nuestra naturaleza, aún estando en Él, todavía tiene posibilidades de desprenderse y volverse a lo que era antes. Y si eso acontece, y pasa con frecuencia, seremos incapaces de producir frutos nobles, edificantes, sino sólo frutos de este mundo, que llevan a la muerte, tanto nuestra como la de otros.

¿Por qué estas advertencias? Porque, de hecho, existen en nuestros días muchos falsos profetas, personas esparcidas por todo el mundo, que se dicen cristianos y que con la Biblia abierta en la mano, mienten y engañas, produciendo frutos del diablo, para muerte. La cuestión vital aquí es: O estamos unidos a Cristo, y mientras estemos en esa condición estaremos seguros de los falsos profetas; o estamos unidos a Satanás, permaneciendo en el camino de la muerte, produciendo frutos que aparentan ser uvas, pero que en su interior contienen sustancias nocivas.

Y esta situación, ¿puede darse dentro de la iglesia? Sí, puede, y de hecho está, ocurriendo. Y esto es así porque estamos en una guerra, y en la guerra no esperes maniobras éticas y reguladas de parte del enemigo, por el contrario, está actuando astutamente.

“En esto es glorificado mi Padre” (Juan 15:8)

¿Qué dice el versículo central de esta sección? “En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis mis discípulos” (Juan 15:8).

Imagina las siguientes dos situaciones. Piensa en dos padres. Uno de ellos tiene un hijo rebelde, muy desobediente, aún cuando junto con su esposa hicieron todo lo posible para que tuviera una buena educación. El otro padre tiene un hijo obediente, inteligente, cuyo futuro está, digamos, garantizado, pues sigue buenos principios de vida.

¿Cuál de esos dos padres se siente feliz con su hijo? Evidentemente, el segundo. ¿Y por qué? Porque su hijo aprendió todo lo que le ha sido enseñado y lo puso en práctica, y todos reconocen que tiene un buen hijo.

El primer padre anda frustrado, triste, anhelando que su hijo cambie de actitud. Él tal vez sienta algo de vergüenza con respecto a esta situación. Y la gente lo consuela diciendo: “Hiciste todo lo posible de bueno y correcto para él. Sabe distinguir entre lo que es bueno y lo que es malo, y está libre de tomar sus propias decisiones”. Así lo intenta animar, pero la situación no desaparece, y todos los días ese padre y su esposa oran por aquél hijo deseando que retorne al buen sendero.

Pero algo sucede. Un día el hijo malo atraviesa una grave prueba. Y recuerda la antigua fe que había abandonado y se entrega a Cristo. ¡Qué alegría para sus padres! Una vez que sale de la prueba, se convierte en un activo miembro de la iglesia, trabajando por la salvación de otros, dando un buen testimonio, y demostrando ser una persona fiel a los principios de Cristo y un excelente ciudadano. Este hijo pasó a dar buenos frutos. Su padre y madre se sientes orgullosos de su hijo. Les gusta hablar de lo que él está haciendo ahora. Aprecian que sea un buen profesional y un fiel miembro de iglesia. Y este placer que estos padres sienten al respecto es una gloria para ellos.

¿Qué gloria? La de sentirse realizado por tener uno o más hijos que dan motivos para elogio y gozo. Eso les hace bien a los padres. Viven placenteramente, con la satisfacción del deber cumplido. Perciben que sus hijos siguen sus consejos y tal vez todavía crezcan más en fidelidad que ellos mismos.

Esa es nuestra situación. Somos seres que hemos ido degenerando en nuestra situación, pero Jesús vino a transformarnos. La cuestión final es: ¿Cómo se siente Dios con respecto a nosotros? Si permitimos que el Espíritu Santo nos transforme, gradualmente nuestra conducta irá cambiando. Muchas de las cosas que antes gustábamos de hacer, las dejaremos de desear, y las cosas buenos que no nos gustaba hacer, ahora merecerán toda nuestra atención y admiración. Pasaremos entonces a producir otro fruto con respecto al que antes producíamos. Y eso hace que Dios sea feliz, y la gloria de Dios es sentirse feliz con respecto a nosotros.

Profundicemos más acerca de la gloria de Dios. Siempre que nos convirtamos en más semejantes a Él, que adoptemos sus principios de carácter cada día, El se sentirá feliz. Pero, ¿por qué Dios desea tanto que le obedezcamos? El quiere que nosotros también seamos felices, así como a Él le gusta mucho ser feliz. Notemos. Dios es amor, ¿tiene acaso el amor algo que ver con el dolor, la tristeza, el rencor, el sufrimiento? Nada que ver. Por el contrario, el amor tiene que ver con el éxito, con la vida eterna, con la felicidad, con la seguridad, con la paz y –fundamentalmente– con el amor. Y a Dios le gusta disfrutar de felicidad plena. Pero Él no desea la felicidad únicamente para Él, sino también para todas las criaturas del mundo a las que Él trajo a la existencia. Se siente realizado al ver que sus criaturas están bien, y hace todo lo posible en tal sentido, respetando el libre albedrío que nos ha otorgado. Cuando decidimos hacer su voluntad, Él se siente feliz, y en esto consiste su gloria, pues sabe que así estaremos bien, así podremos continuar salvos para vida eterna.

Al ligarnos a Él, produciremos buenos frutos, y eso nos hará bien tanto a nosotros mismos, como a nuestro prójimo. Eso pone muy feliz a Dios, pues Él sabe que viviremos en mejores condiciones, con una mejor salud, con mayor felicidad, y seremos exitosos en todo lo que hagamos y –al final de la Historia– podremos vivir al lado de Él, bajo su total amparo, durante la eternidad.

Resumiendo, la gloria de Dios consiste en que el Padre Celestial vea a sus hijos, los seres que Él creó, yéndoles bien en la vida. Y a todos les irá bien en la vida si siguen sus consejos de principios de vida, basados en los Diez Mandamientos.

“Para que lleve más fruto” (Juan 15:2)

La poda en el árbol de la vid es un procedimiento esencial para asegurar la producción. Tiene por finalidad eliminar ramas débiles, enfermas, machucadas, muy largas, muy finas, poco productivas. Si no hay poda, la planta entera se debilita y la producción de uvas será menor, con racimos pequeños y más sujetos a las pestes. Además, sin ser podada, la planta vive menos tiempo. Sin una poda anual, la tendencia es la disminución de la producción pues la planta, muy grande, tiene que esforzarse para mantener ese tamaño, por lo que le quedará poca vitalidad para la producción de uvas. En rigor de verdad, la poda es la búsqueda de equilibrio entre el tamaño de la vid y la producción de frutos.

En el caso de los seres humanos, muchas veces sobran elementos que deben ser cortados. Si no se realiza esa poda, esos elementos harán que la producción de ese ser humano disminuya, o que se detenga completamente, pudiendo llevar a la persona a la muerte. Así como el no podar las ramas de una vid perjudica a toda la iglesia, del mismo modo, sin podar los elementos excesivos en la iglesia puede perjudicar a toda la congregación. Por eso Dios hace podas de vez en cuando.

¿Cuáles son los elementos que sobran y que no deben ser podados? Son todas las cosas de este mundo que se van añadiendo y nos debilitan. Por ejemplo, el orgullo, la confianza propia en lugar de confiar en Dios, la prepotencia, la vanidad, y todos aquellos frutos que no son del Espíritu, sino que vienen de Satanás. Estos elementos deben ser podados, en caso contrario la persona se perderá, y perjudicará a toda la iglesia. Dios no hace la poda como el caso de la vid literal. Envía muchas señales (sermones, pasajes del Espíritu de Profecía, lecciones de la Escuela Sabática, himnos, etc.) para que la persona desee cambiar algunas de esas cosas en su vida.

Pero, ¿Qué tiende a ocurrir si la persona no presta atención a esas señales? Allí Dios hace la poda, o sea, permite que la persona se vea involucrada en algunos problemas, tal como a menudo le ocurrió al antiguo pueblo de Israel. Eso puede hacer que la persona reflexione en su vida y desee cambiar. Se entrega a Cristo, y busca con humildad, por lo que el Espíritu Santo realiza cambios en la vida de esa persona, o sea, reeducarla. ¿Dónde se dio la poda aquí? En el momento en que se permitieron problemas en nuestra vida.

Pero ¡cuidado!, todos los problemas que suceden en nosotros ¿necesariamente surgen porque hay algo que debe cambiar en nuestra vida? No, no todos los problemas son instancias de poda. Hay otras situaciones, tales como problemas que ocurren naturalmente, sin que Dios haya retirado temporalmente su protección. Por ejemplo, al caer una lluvia con granizo y romper las tejas de la casa de una familia de la iglesia no quiere decir inequívocamente que Dios esté reprendiendo a esa familia. Nuestra vida aquí en la tierra es una guerra, y no pretendamos salir ilesos de todas las batallas. Por lo tanto, aquellos que deben cambiar algo, al sobrevenirles algún problema, deben tratar de sentir el deseo de cambiar aquello que está perjudicando su vida espiritual, y aquellos que están haciendo todo para ser fieles a Dios, fortalézcanse en esa fidelidad.

Lo que en verdad Dios quiere de todos nosotros, a veces es que cambiemos (reforma) lo que está mal en nosotros, y que a veces nos fortalezcamos (reavivamiento) en lo que está bien. Para uno u otro de estos propósitos, aparecerán las pruebas, o sea, podas.

“Y si diere fruto, bien; y si no…” (Lucas 13:9)

Jesús le dijo a sus discípulos, y a nosotros, que debemos permanecer en Él para dar muchos buenos frutos. ¿Y en qué consiste esto de permanecer en Él? Es tener intimidad con Él. Y guardar los mandamientos de Dios. “Si guardáis mis Mandamientos, permaneceréis en mi amor; como yo también he guardado los Mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor” (Juan 15:10). Los mandamientos son la voluntad de Dios. La voluntad de Dios es que vivamos bien, que tengamos una vida buena, que seamos saludables, alegres, que tengamos esperanza, que seamos salvos para vida eterna. Así, ante las innumerables opciones de esta vida, de este mundo, ante cada una de esas opciones, debemos ponernos en lugar de Jesús y preguntarnos: “¿Qué decisión tomaría

Él?" Si no sabemos con certeza cuál sería la decisión de Jesús, entonces lo mejor es investigar en su Palabra, o permitirnos ser aconsejados por personas más experimentadas y que sean confiables a través de la demostración de sus frutos.

Permanecer con Jesús significa ser transformado por el poder del Espíritu Santo. Una persona así irá apartándose gradualmente de los atractivos del mundo. Es imposible estar relacionados con Jesús y –al mismo tiempo– mantener nuestro interés centrado en el mundo. A esta última clase de personas la Biblia les dice que Dios los cortará de la vid. Es una rama estéril, que no produce buen fruto, está obstaculizando a toda la planta, ocupando el lugar que podría ser el de otra rama productiva.

En relación a la poda y las plantas, Jesús nos dejó otra parábola. Podemos entonces asociar este estudio con el sistema de poda de nuestros días y aprender muchas cosas. Fue el caso de la higuera. Plantada hacía tres años, todavía no había producido frutos. El dueño le dijo al agricultor que la cortara porque no producía nada. Pero el agricultor le dijo que le daría una oportunidad más. Se labraría la porción de tierra a su alrededor, se la abonaría, para ver si fructificaba para el año siguiente. En caso de que no diera fruto, se la cortaría.

¿Qué nos está diciendo esto? El cielo viene dándoles tiempo a los miembros de la iglesia que son cizaña, y que no dan fruto para salvación, ni la de ellos, ni la de otros. Están recibiendo un tiempo más, quizás algunos se despierten por medio de las señales del pronto regreso de Jesús, y decidan cambiar de vida. Si actúan de esa manera, podrán ser salvos, produciendo buenos frutos, los frutos del Espíritu. Un día de estos habrá una poda general. Esta poda se denomina zarandeo. A través de este evento saldrán de la iglesia todos aquellos que se resisten a las amonestaciones enviadas por Dios.

Notemos, sólo producen buenos frutos aquellos que están ligados a Cristo. No puede producir buenos frutos quien está un poco en la iglesia y un poco en el mundo; o el que quiere ser salvo pero –al mismo tiempo– no quiere desligarse del mundo. De uno de los dos lados tendrá que desistir. Esta es la lucha de muchos, y no decidirse por el cambio significará el camino a la perdición de gran parte del pueblo de Dios. Eso ha sucedido a lo largo de la Historia.

Una vez más lo repetimos. Necesitamos desligarnos de todo aquello que nos tiene prendidos a este mundo, aún cuando sean pequeños atractivos. La mayoría de los adventistas se perderán por pequeños detalles.

Aplicación del estudio

"Por sus frutos los conoceréis" (Mateo 7:20). Los frutos para la gloria de dios son todos los actos coherentes con los principios del gobierno de Dios. Esos principios están concentrados en los Diez Mandamientos y tienen como base un único principio general: el amor.

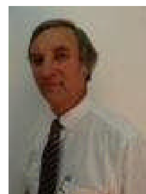
Los malos frutos se relacionan con las cosas del mundo incompatibles con el gobierno de Dios. Derivan del contra-principio general del odio, que se origina en Satanás.

Hay muchos buenos frutos y muchos malos frutos. Producir buenos frutos es el resultado de una vida consagrada a Dios, una vida ligada a Jesús como el sarmiento de la vid

está ligado al tronco. Esos frutos no son producidos para que esa persona logre salvarse, sino porque ya ha sido salva y desea continuar en ese estado. Los malos frutos se originan en una naturaleza pecaminosa, y cada uno de esos frutos es alguna clase de pecado, que condena a la persona al a muerte. Las personas producen malos frutos porque son pecadoras.

Cualquier persona que se entrega a Cristo, desde ese momento no deja de ser pecadora, sino que entra en un proceso de transformación que denominamos *santificación*. Aún cuando tenga recaídas, produciendo con ello alguno que otro fruto natural de su vida antigua, no gustará de eso, se arrepentirá y se relacionará más firmemente con su Salvador. Irá produciendo gradualmente mayor cantidad de buenos frutos mientras que las recaídas en los malos frutos se reducirán hasta desaparecer. Se irá convirtiendo en una persona nueva, ya no de este mundo, sino ciudadana del Reino de Dios, el Reino del amor, donde se vive por la eternidad produciendo buenos frutos.

Prof. Sikberto R. Marks



Traducción: Rolando D. Chuquimia
RECURSOS ESCUELA SABÁTICA ©

RECURSOS ESCUELA SABATICA
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica
www.elistas.net/lista/EscuelaSabatica
http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es
Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática